



Estudio Para Grupos de Crecimiento

Brisas

ESTUDIO 1300

CORTANDO LOS PROBLEMAS DE RAÍZ

“Jehová nuestro Dios nos habló... diciendo: Habéis estado bastante tiempo en este monte.”

Deuteronomio 1:6

Cierto día un caballo pateó la cerca de madera donde se encontraba junto con otros animales, y a causa de esto se lastimó una de las patas. El dueño lo llevó al establo, le limpió la herida y le vendó la pata. Días después, notó que el caballo seguía sufriendo a causa de la herida. Llamó al veterinario para que revisara al animal y le recetara antibióticos.

Casi de inmediato el caballo mostró mejoría. Pero al cabo de un mes, el dueño vio que la herida no había sanado y hasta se veía peor que antes. El veterinario volvió a indicar nuevos antibióticos. Por segunda vez el animal respondió bien durante algunas semanas y luego el proceso se repitió. La herida no sanaba, finalmente, el veterinario decidió dormir al animal, abriendo la herida para ver cual era la causa, y al llegar más profundo, encontró que había una gran astilla de madera incrustada bajo la piel. Ésta era la causa de que la infección volvía a aparecer después del tratamiento, causándole gran dolor animal.

A veces hacemos algo similar, solucionamos lo que hay en la superficie: “Voy a mejorar mi conducta. Voy a dar vuelta a la página. Voy a tratar de ser más amable, más cariñoso, más generoso. No voy a gastar tanto dinero ni a usar las tarjetas de crédito que causan deudas. Ya no voy a manipular a la gente. No me enojaré ni me molestaré todo el tiempo”.

Es bueno que tratemos de mejorar, pero muchas veces no tratamos con la raíz del problema. No importa lo mucho que queremos cambiar, esa causa seguirá allí y nos impedirá ser libres. Siempre es más fácil presentar excusas cuando nos comportamos mal, culpar a los demás o tratar de justificar nuestras acciones, actitudes o palabras. Si queremos experimentar lo mejor que Dios tiene para nosotros, tendremos que aprender a asumir la responsabilidad de nuestros pensamientos, palabras, actitudes y acciones.

Tenemos que mirar a nuestro interior

Hay muchas personas que nunca nos miramos por dentro, que nunca nos confrontamos con nosotros mismos, no llegamos a la raíz del problema y solamente nos preocupamos de lo superficial. Tratamos de mejorar nuestra conducta y eso es admirable, pero muchas veces nuestros esfuerzos sólo dan resultados temporales porque nos negamos a tratar con la raíz que causa el mal. En consecuencia, seguimos produciendo mal fruto.

La Biblia nos enseña que no debemos permitir que la raíz de amargura prospere, contamine y estorbe en nuestra vida por completo. (*Hebreos 12:15*)

Para lograr cambios perdurables y positivos tenemos que ir más profundo, y no ver sólo lo que hacemos, sino preguntarnos: “¿Cuál es la raíz de este problema? ¿Por qué actúo así? ¿Por qué me descontrolo en esa área? ¿Por qué estoy siempre a la defensiva?” Sólo cuando lleguemos a la raíz y nos ocupemos de la causa del problema podremos esperar cambios realmente positivos. Tenemos que examinar con cuidado las áreas en las que tenemos dificultades continuas. ¿Tiene de veras la culpa el otro? ¿Son nuestras circunstancias, el entorno, nuestra crianza? ¿O puede ser que tengamos algo enterrado tan profundo que nos infecta?

Debemos de entender que la mayoría de nuestros problemas tienen raíces más profundas. Quizá nos asombre cuántas cosas nos afectan de manera negativa e intentamos resolver el problema ocupándonos sólo del fruto de las cosas superficiales, y lo hacemos durante años, pasando por lo mismo una y otra vez.

El pueblo de Israel hacía algo parecido. Vagaron por el desierto de camino entre Egipto y la Tierra Prometida durante cuarenta años, en un viaje que debería haber durado sólo once días. La raíz de su problema era que habían adoptado una mentalidad de víctimas. Sí, es verdad que habían sufrido mucho por los malos tratos durante la última parte de su estadía en Egipto, que habían sido esclavos y pasado por experiencias dolorosas e injustas. Ese dolor interno los siguió, aún cuando Dios los libraba milagrosamente de la esclavitud. Ya en el desierto, culpaban a Moisés por la falta de agua y alimento, culpaban a su pasado, se quejaban de la comida y tenían miedo de sus enemigos. Jamás se les ocurrió pensar en que ellos mismos formaban parte del problema. A causa de su poca fe seguían dando vueltas alrededor de la misma montaña, año tras año, sin progresar en ningún momento.

Es posible que nosotros nos hayamos enredado en el mismo lugar en la vida durante demasiado tiempo. Tal vez en el matrimonio con problemas o en una profesión que es un callejón sin salida. O quizá estemos sumidos en un pantano de deudas o actitudes negativas, sin saber llevarnos bien con nadie, siempre a la defensiva, siempre con actitud crítica.

Es hora de levantarnos y avanzar. Nuestra oración debe ser: "Señor, por favor, muéstrame cómo soy. No quiero estar en el mismo lugar todo el tiempo, así que, si hay cosas que impiden mi progreso, te pido que me las muestres. Ayúdame a cambiar. Ayúdame a llegar a la raíz de mis problemas".

Dios llama a las puertas de las nuevas habitaciones en nuestro corazón. Posiblemente sean habitaciones donde nunca le permitimos entrar. La única forma en que puede entrar es por invitación nuestra. La chapa está del lado de adentro. Podemos permitir que Él entre en ciertas habitaciones de nuestro corazón, manteniéndolo fuera de otras. Algunas de esas habitaciones son dolorosas o causan vergüenza porque ocultan dolores y heridas del pasado. Allí es donde ocultamos nuestros defectos y debilidades. En lugar de tratar con el problema y limpiar los rincones de esas habitaciones, las mantenemos cerradas con llave. Presentamos excusas para nuestra conducta o culpamos a otros; y a veces hasta culpamos a Dios. Algunos diremos: "Es que soy así".

Dios está llamando

El Señor sigue llamando a la puerta. Si queremos llegar a la causa, tenemos que mirar hacia adentro. Tenemos que permitirle que derrame de Su luz, la luz de Su palabra, dentro de cada una de las habitaciones de nuestro corazón. Cuando sintamos algo y sepamos que está mal, en lugar de ocultarlo y esconderlo en una de esas habitaciones, lo mejor que podemos hacer es sincerarnos y preguntar: "Señor, ¿Por qué siento esto?, ¿Por qué no puedo llevarme bien con mi cónyuge?, ¿Por qué trato de manipular a los demás?, ¿Por qué todo quiero que se haga a mi modo?, ¿Por qué me enojo con tanta facilidad? Si nos sinceramos y nos disponemos a enfrentar la verdad en lugar de escondernos detrás de las excusas, Dios nos mostrará las respuestas a esas preguntas. Cuando comencemos a actuar según esta verdad, podremos alcanzar un nivel más.

El cambio es doloroso, pero es temporal

Sí, podemos ser más felices, tener mejores relaciones, librarnos de lo que nos impide avanzar, pero tenemos que hacer nuestra parte, sincerarnos y enfrentar la verdad con respecto a nosotros mismos. No sigamos pensando que nuestra falta de progreso es culpa de otros. Puede ser doloroso extirpar las raíces. Lo fácil es concentrarnos en lo superficial. Lo fácil es evitar el cambio. Es incómodo sincerarnos y ocuparnos de verdad de esos asuntos. Puede ser incómodo perdonar una ofensa cuando la culpa es del otro. Lo importante es que aunque duela permitamos que Dios cambie nuestra actitud, manera de actuar, de pensar, comprendamos que la sensación desagradable es temporal. Es el dolor que provoca el crecimiento. Una vez que pasemos ese punto, seguiremos elevándonos hacia un nuevo nivel de victoria. El dolor del cambio es mucho menor que el de permanecer en la mediocridad. Podemos honrar a Dios asumiendo la responsabilidad de nuestras acciones, no culpando a nuestro pasado ni a nuestras circunstancias. Tenemos que llegar a la raíz, así que no vayamos por la vida tratando de quitar el mal fruto aquí y allá. Asumamos nuestra responsabilidad. ¡Levantémonos y hagamos algo!